

LIBROS RECIENTES

GREEN POLITICAL THEORY

Robert E. Goodin
Polity Press
Cambridge, 1993

Después de varios años de ecologismo institucionalizado, comienzan a florecer intentos embrionarios de reconstrucción del pensamiento político verde. El propósito suele estribar en descubrir el hilo conductor de lo que aparentemente no es sino un amasijo heterogéneo de propuestas englobadas bajo la etiqueta común, y con harta frecuencia confusa, de "ecologismo".

En esta serie de tratamientos incipientes de un fenómeno que ha tenido un impacto (sobre todo en términos simbólicos) mucho mayor que el que sugieren sus resultados electorales, se enmarca el trabajo de Goodin. Su discusión filosófica del programa político verde pretende dar cuenta de las posiciones que los verdes *deberían* adoptar a partir de sus preocupaciones; es decir, no está interesado tanto en lo que efectivamente proclaman los verdes como en lo que *tienen* que afirmar desde sus valores

centrales. Precisamente, la elaboración y defensa de una teoría verde del valor es el eje en torno al cual va a girar su argumentación.

La tesis central del libro se podría enunciar como sigue: las propuestas políticas verdes integran un conjunto unificado y defendible; otros aspectos de la teoría verde presentados como indisolubles por sus teóricos, tales como las recomendaciones de prácticas personales o de procedimientos políticos, no forman parte de ese conjunto. Son argumentos diferentes que deben ser discutidos separadamente. Es decir, que Goodin no duda de la urgencia de tomar en serio las demandas políticas ecologistas, pero al mismo tiempo, afirma, no podemos permitir que el medio de presentación (el estilo) ensombrezca el mensaje (las propuestas sustantivas derivadas de su teoría del valor). Se trata, en definitiva, de "rescatar a los verdes de sí mismos" (pág. VIII).

Con el objetivo de discriminar entre el estilo y la sustancia, diseña una estrategia metodológica que consiste en la descomposición analítica de las varias dimensiones del pensamiento ecologista tal y como ha sido presentado, de forma indisoluble y compacta, por sus teóricos más destacados.

I TRIMESTRE 1994

En primer lugar, elabora una teoría del valor que, además de ilustrarnos sobre aquello que es deseable y su por qué, nos ilumine sobre la visión moral que atraviesa el programa político verde. Dicha teoría es una concreción de la teoría del valor basada en los recursos naturales, según la cual la especificidad de la naturaleza y la razón por la que merece su preservación deriva de su misma historia de creación a través de procesos naturales. Así pues, historicidad y procedimiento proporcionan la clave para comprender la visión moral única de la agenda política verde; son los factores que impregnan todas las propuestas programáticas concretas de los partidos verdes. Son, además, valores absolutos que revelan la incoherencia de los partidos establecidos en su estrategia de adoptar la teoría del valor para unos propósitos (electorales), pero no para otros (sustantivos). Esta es la razón de principio que hace de la aplicación de la agenda verde una cuestión de todo o nada, aspecto éste asociado a la supuesta incapacidad negociadora de los partidos ecologistas.

Otra componente de la teoría política verde, que precisa de un tipo de justificación diferente, es la teoría de la acción. La teoría verde del valor proporciona los criterios para discriminar lo que es valioso de lo que no lo es; la teoría de la acción nos indica el modo de perseguir esos valores, los mecanismos, estrategias y tácticas a utilizar en su consecución. Se trata, afirma Goodin, de una componente independiente e incluso subsidiario de la teoría política verde, motivo por el cual constituye un error anteponerla a la teoría del valor. Una descomposición más detallada le permite distinguir entre las directrices destinadas a los agentes individualmente

considerados (participación democrática y no violenta), pautas de organización partidaria (democracia de base y principio de rotación), y los principios sobre los que se debe asentar una sociedad que pretenda desarrollarse en armonía con la naturaleza (descentralización y visión global).

Si la teoría de la acción es subsidiaria a la del valor, Goodin no duda en calificar a los estilos de vida asociados al pensamiento político ecologista como periféricos y, más aún, disfuncionales para un hipotético éxito electoral verde. Es decir: las recomendaciones de estilo político verde van asociadas a propuestas de política verde; la defensa de políticas verdes no lleva consigo necesariamente la adopción de estilos de vida verdes ("herejías verdes").

El intento de Goodin de "racionalizar" el pensamiento político verde (entendiendo racionalizar como sacudir y depurar aquellos elementos que imposibilitan el ensanchamiento de la base social y política de los partidos ecologistas) le conduce a propugnar que, a corto plazo, la política verde ha de ser inevitablemente practicada según los mecanismos establecidos de hacer política (abandonando cualquier veleidad "anti"). Para hacer efectiva su agenda, deberán, podríamos decir, "convencionalizarse", competir en elecciones y entrar en el juego de coaliciones que, de las posibilidades lógicas abiertas, sólo puede conducir a resultados visibles bajo una alianza eco-socialista.

No cabe duda de que la aproximación de Goodin a la filosofía política verde proporciona criterios consistentes para poner orden en una ideología susceptible de ser abordada desde posicionamientos radicales distintos e incluso enfrentados. En este sentido,

la distinción analítica entre las tres componentes descritas de la teoría política verde es particularmente útil. Ahora bien, al aislar la teoría de la acción de la teoría del valor, está elevando los fines (la aplicación de políticas sustantivas que respeten la historicidad y la especificidad procedimental de los fenómenos naturales) a la categoría de dogma, olvidando que los medios empleados (la teoría de la acción, cualquiera que sea), señalan el camino a los fines. Sin duda, es cierto que "propugnar democracia es propugnar procedimientos; propugnar ecologismo es propugnar respuestas sustantivas" (pág.168), pero muy pocos osarían defender una sociedad ecologista de corte autoritario o conseguida por procedimientos violentos. Lamentablemente, su exposición en ningún momento considera este riesgo.

Otro punto débil de su esquema deriva del énfasis excesivo en el programa de Die Grünen del año 1983 cuando elabora la teoría verde de la acción. Sin negar su carácter "paradigmático", sí que se pueden plantear dos objeciones a su pretensión de generalizarlo y hacerlo válido para todos los partidos verdes. En primer lugar, dicho programa nació como un compromiso de todas las sensibilidades que confluyeron en la fundación del partido, desde exconservadores de nueva fe a grupos autónomos. Compromiso, en este caso, es sinónimo de provisionalidad. En segundo lugar, hay principios de la acción política que Goodin trata como si fuesen habituales en el universo verde, y que ya no tienen una operatividad extendida. En concreto, me refiero al principio de rotación, que fue abandonado a nivel federal por los propios verdes alemanes en 1986 (con efectos a partir de 1987).

Por último, la separación de los

estilos de vida de la teoría política verde precisa de una mayor matización y profundización. Ciertamente, vincularse a la teoría política verde no implica adscribirse, por ejemplo, a prácticas de tipo espiritualista. Pero, por otro lado, ¿qué credibilidad merece un defensor de la teoría verde del valor incapaz de arrojar los envases de vidrio a un contenedor de reciclaje? Eso también forma parte del estilo de vida de las personas.

Jesus Casquete

FRANCO, A BIOGRAPHY Paul Preston Harper-Collins Londres, 1993

Que esta magna biografía no se haya publicado en el momento más oportuno —el reciente centenario del nacimiento del dictador— constituye un buen indicio de que la última obra de Preston es todo lo contrario de un trabajo apresurado. Indicio que se confirma a medida que se avanza en la lectura: Preston conoce y maneja con soltura todo lo que de Franco han escrito familiares y compañeros de armas, diplomáticos y políticos, investigadores y ensayistas; hondos cimientos para un libro que es, desde el mismo momento de su aparición, la más completa y la mejor escrita biografía de Franco.

Pues ese domino le permite modelar, como a golpes de cincel que van dando forma a su materia, las múltiples

caras de su biografiado. Preston no hereda una imagen de Franco, no le obliga a adaptarse a ningún molde. Sin duda, desde los primeros trazos se percibe que el autor conoce el destino de su personaje y que resalta los rasgos de su personalidad más relevante para su posterior evolución. Pero nunca ese futuro condiciona el presente, lo que imprime a su relato el ritmo de un continuo hacerse, un progresivo *making* de las distintas superficies que constituirán la cabal figura de Franco como héroe, general, conspirador, caudillo y dictador.

En estos primeros capítulos, la agilidad de la escritura mantiene sin caída la atención del lector. Franco es un niño solitario, incapaz de ganar la estima del padre, que, por lo demás, abandona a la madre; un verdadero filón para entregarse al psicoanálisis *amateur*. Preston no incurre en la fácil tentación y acompaña rápidamente a ese chico en su carrera militar, porque la clave de esta biografía no es el psicoanálisis, sino el análisis de las situaciones en las que Franco actúa. La acción del sujeto en sus diferentes contextos, más que los eventuales traumas de su infancia, es lo que va configurando su personalidad.

De ahí el acierto de resaltar la importancia que para el futuro tiene la práctica del mando militar en un espacio tan definido como el norte de África, al frente de unidades como las de la Legión, en una guerra de tipo colonial como la de Marruecos. En ese marco, Franco aprende a imponer su voluntad sobre hombres más fuertes, percibe la función ejemplar del terror y se acostumbra a la bestialidad de la tropa: rasgos fundamentales para edificar sobre ellos la leyenda del joven general que, si reservado, es hombre de acción, con gusto por la guerra.

CIENCIA POLITICA

Un nuevo Franco, el "gallego arquetípico", emergerá luego, con la República, cuando tenga que aprender a vivir en relativa marginación. Y es ése, el personaje cauto, resentido por su postergación, capaz de jugar a la vez todas las cartas, el que tendrá ocasión de gustar de nuevo las mieles del mando, además de militar, político, cuando tras ganarse la voluntad de Diego Hidalgo, dirija la "pacificación" de Asturias. Ese será el Franco que participe en una conspiración sin que sus colegas sepan hasta el último momento si saldrá o no de su cautela: el "Franquito cuquito que va a lo suyo", el maestro en el arte de la duplicidad.

Hasta aquí, la biografía depende de memorias de los testigos (entre otros, del impagable testimonio que dejó su primo) o de afirmaciones atribuidas al propio personaje, lo que puede suscitar dudas sobre la certeza de tal o cual sucedido o la solidez de tal o cual tesis, por ejemplo, la limpieza de la retaguardia como explicación de la lentitud de la guerra. Pero desde este momento, las fuentes se amplían con varias series de papeles diplomáticos y el relato sufre un perceptible cambio de ritmo y de contenido. La cronología estricta y la glosa de los documentos comienzan a imponer su ley: mes a mes, y hasta día a día, Preston sigue los tratos con Hitler, Mussolini, las potencias aliadas y sus respectivos embajadores. Si el detalle es rico, el ritmo se vuelve moroso y el resultado es una evidente descompensación del espacio dedicado a las distintas etapas de la vida de Franco.

Terminada la guerra de Europa, desvanecidas las ínfulas imperiales, amansada la Falange, fiel y sometida la Iglesia, garantizada la disciplina del Ejército, la siguiente historia es la de

un hábil político que equilibra, con una especie de innato conocimiento del precio de las personas, el peso de cada fracción de la coalición vencedora, asegura así su permanencia en el poder y resiste imperturbable las presiones para ceder al pretendiente monárquico la jefatura del Estado. De nuevo, la atención prioritaria se dedica a cuestiones de índole internacional con anotaciones sobre problemas internos, someramente indicados. De Yalta y Potsdam hasta los acuerdos con Estados Unidos, Preston ofrece las claves que permiten entender la supervivencia del héroe sitiado. De África procede otra vez su inspiración: hacerse fuerte y resistir el sitio. Y de África, también la lección: a mal tiempo, buena cara. Los emisarios de las tres potencias se desconciertan ante la suave sonrisa y el débil tono de voz que Franco exhibe para negar su pasado entusiasmo por el Eje y asegurarles su buena disposición hacia los aliados. Con poco más que algún refrán y una buena dosis de esa habilidad tan característica que consiste en mentir sin que tiemble ningún músculo de la cara, Franco ve pasar por encima de su cabeza todas las tormentas seguro de que escampará algún día.

Cuando por fin cesa la lluvia, la biografía se acelera hasta el punto de que a los últimos 15 años de vida se dedican menos de cien páginas. Es cierto que, a estas alturas, Franco está más que hecho y que su función parece reducirse a la de un jefe de Estado ceremonial que arbitra las luchas por el poder entre las distintas facciones de la coalición gobernante. Franco, dice Preston, preside desde 1960 una máquina cuyo funcionamiento interno era un misterio para él. ¡Pero aún le quedaban 15 años al frente de esa máquina! Y no años cualesquiera, sino los de

la gran transformación económica y social. Tal vez si hubiera dispuesto para esta parte de documentos de primera mano y tan numerosos como para las relaciones internacionales, habría podido penetrar más en el papel personal de Franco en el funcionamiento de una máquina cuyo misterio no fue tanto como para dejarse pillar nunca en ella los dedos.

Niño solitario; héroe militar; célebre por su sangre fría; reservado, pero hombre de acción; brutal, lento, astuto, opaco; intoxicado por el gusto del poder; conspirador que se guarda las espaldas; estratega colonial en una guerra civil; entusiasta de nazis y fascistas; conocedor del precio de los hombres; maestro en el arte de la duplicidad; capaz de resistir todos los sitios, de disolver todas las conjuras; un retrato de Franco hostil, pero en modo alguno sumario ni esquemático. Preston ha sabido penetrar en los entresijos de una personalidad compleja y explorar las cambiantes circunstancias que le permitieron mantenerse de por vida en la jefatura del Estado.

Santos Juliá

LA SAGA DE LOS
MARX
Juan Goytisolo
Mondadori
Barcelona, 1993

Hace casi 20 años, Javier Pradera, al que le gusta ejercer de apuntador inteligente de farsas que no siempre lo son, opinó certeramente que Europa

era un balneario en el que nunca pasaba nada. La frase me inspiró la novela *El balneario*, y ahora la metáfora praderiana me vuelve a la cabeza nada más releer el arranque de *La saga de los Marx*, la última novela publicada de Goytisolo, que parte del imaginario de la Europa balneario como utopía. A una felliniana costa adriática repleta de la flora y la fauna de la Europa de los Doce (¿o ya era de los Trece?), feliz por las inmensas estepas colonizables del Far East que se abran tras la caída del muro de Berlín, llegan los albaneses hambrientos de sociedades abiertas y consumidoras, en la esperanza de ser aceptados según la filosofía liberal de un mundo mercado único, verdad única, bajo el patrullaje de los cascos azules mandados por generales yanquis de cabeza y pata negra. Pero los albaneses ponen en peligro el equilibrio del bienestar en horas bajas del universo emergente y en estas situaciones las sociedades abiertas cierran los esfínteres del cuerpo y el alma. ¿Qué ha ocurrido para que el desorden internacional se plasme en la más absoluta desorientación utópica y los fugitivos del paraíso capitalista es limitadísimo y está lleno de horribas periferias plurales? Como a Marx se le imputa el haber inducido a los filósofos a dejar de pensar el mundo y empezar a cambiarlo —su más famosa tesis sobre Feurbach—, son los Marx los que contemplan la descomposición de la tensión dialéctica entre marxismo y

capitalismo, y por extensión de todas las utopías de la izquierda, vengan de donde vengan, ante la ferocidad constatable de la única tesis superviviente: el hombre es un lobo para el otro hombre y los mecanismos de arbitraje sólo son aceptables si consagran estatutos de dependencia y subalterneidad. Pero cualquier idea de progreso basada en el crecimiento continuo de los bienes materiales y del espíritu, hay que descartarla. Instalados en la catástrofe, al menos en la desorientación como consecuencia o premonición de catástrofe, los personajes históricos fundamentales del novelista, Karl Marx, *El Moro*, su esposa Jenny, sus hijas Jenny, Laura y Eleanor, y la inevitable criada Lenchen (Helena Demuth) contemplan los epifenómenos del hundimiento de la tensa racionalidad establecida entre el socialismo científico y el capitalismo, y desde diferente subjetividades, no en balde son personajes literarios, sólo obtienen ojos heridos por los fragmentos de los cascos de la escenografía destruida. Estamos ante una novela de teoría-ficción emparentada con el *roman philosophique* y a la vez distanciada por mor del sarcasmo lacerado que humedece la mirada del autor, Juan Goytisolo Gay, presente como padrino del encuentro entre los Marx, su universo y las escatologías derivadas.

M. Vásquez Montalbán